

que generó la nueva opinión pública. Y la prensa, en todas sus expresiones y formas, fue el espacio donde se desarrolló el nuevo lenguaje político, el espacio donde se habló de democracia, ciudadanía, libertad, nación, república, etc. Por supuesto, su alcance —oficial o no— fue bastante limitado, en sentido espacial y social, dado que estuvo vinculada con las ciudades y los ilustres que sabían leer y escribir. En esa medida, el libro de Loaiza Cano es una descripción del mundo de la prensa, la opinión política, los periódicos, entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX en Hispanoamérica y deja una puerta entreabierta para nuevas indagaciones sobre su peso en el ámbito republicano.

Freddy Auqui Calle
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Quito-Ecuador
<https://orcid.org/0000-0001-7482-6516>

PAMELA S. MURRAY. *MANUELITA. POR LA GLORIA. POR BOLÍVAR*. TRADUCCIÓN DE LUISA BOROVSKY. BOGOTÁ: PENGUIN RANDOM HOUSE, 2020, 293 pp.

<https://doi.org/10.29078/procesos.n58.2023.4625>

Publicado originalmente en inglés por la University of Texas Press, en 2008, bajo el título *For Glory and Bolívar: The Remarkable Life of Manuela Sáenz, 1797-1856*, este libro de Pamela S. Murray, historiadora afiliada a *Tulane University*, es el resultado de una indagación documental sobre Manuela Sáenz, desconocida para la mayoría de latinoamericanistas en Estados Unidos. En consideración de la autora, merece ser estudiada por su influencia política en un mundo gobernado por hombres y en medio de la guerra, más allá de su épico romance con Simón Bolívar. Las historias nacionales publicadas hasta mediados del siglo XX solo la han reconocido por frustrar el atentado contra la vida del Libertador y, aunque a partir de la segunda mitad de la centuria se registra gran cantidad de publicaciones que la reivindicán, tienen débil conexión con el personaje histórico (pp. 16-25).

A partir de esas reflexiones, Murray desarrolla su biografía histórica en siete capítulos. El primero, “Los comienzos, 1797-1822”, inicia con la condición oficial de expósita de Sáenz, con la que se buscó disimular la unión ilícita de sus progenitores, aunque luego fue integrada a la familia legítima de su padre y educada por las religiosas concepcionistas. Luego habla del matrimonio con James Thorne, arreglado por su padre, donde encuentra que Sáenz se encargaba de supervisar los negocios de su esposo

en Lima, cuando él viajaba por trabajo. A partir de la crisis de 1810 varias mujeres de la clase alta urbana limeña optaron por la causa patriótica, a cuyos ejércitos facilitaron asistencia financiera, material y logística. En ese ambiente, Sáenz se involucró en la campaña que atrajo a los miembros del regimiento Numancia al ejército de José de San Martín, lo que le valió el reconocimiento público y su integración a la Orden del Sol (pp. 33-54).

“*Libertadora, 1822-1827*” es el segundo capítulo, que inicia con la victoria patriota en la Batalla de Pichincha, en mayo, y la llegada de Sáenz a Quito al mes siguiente, donde conoce a Bolívar. Murray señala que mientras las relaciones extramatrimoniales eran comunes entre las clases privilegiadas de fines del período colonial, lo excepcional fue que en 1823 Manuela obtuvo la autorización del Libertador para integrarse a su séquito, como responsable de su archivo personal, trabajo por el que entre 1824 y 1825 recibió desembolsos ocasionales, vitales para su independencia económica. En 1825, cuando Bolívar regresó a Lima, Sáenz ya era miembro de su plantel oficial y de su círculo íntimo, donde destacó por su lealtad política y personal. En 1827 vivía en La Magdalena (cerca de Lima) y recibía un estipendio de quinientos pesos mensuales, pagados por Cristóbal Armero, cónsul colombiano, por su trabajo de archivista. No obstante, luego de la batalla del 25 de enero de 1827, el nuevo gobierno la confinó a la cárcel de mujeres, donde permaneció hasta abril, cuando fue embarcada a Guayaquil, con oficiales y soldados colombianos (pp. 58-85).

“*El crisol colombiano, 1827-1830*”, tercera parte de la obra, se ocupa de los años en que Sáenz participó del gobierno republicano de la primera Colombia, hasta la muerte de Bolívar. En enero de 1828 estuvo presente en la pacificación de Pasto y para abril, en razón de la Convención de Ocaña, ya vivía en Bucaramanga, donde actuó como asesora y confidente de Bolívar. En una fiesta animó un simulacro de ejecución de Francisco de Paula Santander, lo que la vinculó a los bolivarianos más extremistas; más tarde, al evitar el asesinato del Libertador, tramado por los santanderistas, acrecentó su influencia política. En 1829 se involucró en el plan de volver monarquía a la república, llevado adelante por el Consejo de Ministros, por sugerencia previa de Bolívar, quien al año siguiente renunció a la presidencia. Sáenz decidió entonces trabajar por su regreso. Las actividades que emprendió llevaron al gobierno a acusarla de subversión, al tiempo que la salud de Bolívar se debilitaba; y aunque ella creía que “el Libertador es inmortal”, falleció ese mismo año (pp. 88-129).

El cuarto capítulo, “*La venganza de los liberales, 1831-1835*”, da cuenta de la vida de Sáenz una vez fallecido el Libertador y fuera de los círculos de poder. En septiembre de 1832 se mudó a una quinta en las afueras de Bogotá, desde donde influía en la vida política, hasta que en enero de 1834 el gobierno le notificó su expulsión del país, orden que se negó a obedecer, por

lo que fue detenida hasta abril, cuando la embarcaron a Jamaica. Juan José Flores la ayudó a regresar al Ecuador en 1935, pero al llegar a Guaranda fue detenida y enviada de regreso a Guayaquil por orden de Vicente Rocafuerte, quien fungía como jefe supremo y creía que buscaría vengar la muerte de su hermano, José María Sáenz, que había participado en una revuelta contra el gobierno, mientras aseguraba conocer de su “carácter, talentos, vicios, ambición y prostitución”, así como de su capacidad para activar a otras mujeres: “el duelo que han hecho la señora Valdiviezo y compañía confirman las sospechas que teníamos”, decía (pp. 133-157).

La quinta parte de la obra, “Exilio y reivindicación, 1835-1845”, rastrea la primera década de exilio de Sáenz en Paita, donde vivió su exilio. Durante esos años hizo amigos y se ganó el respeto de los notables del lugar, aunque sin superar sus dificultades económicas. En 1837 vendió la hacienda Cataguango en Quito, por un precio menor al esperado, pero esto le permitió establecerse y solventar sus deudas. En 1840, cuando Flores volvió al poder, le ofreció colaborar con él enviando información, ya que previamente le había conseguido un salvoconducto para regresar al Ecuador, cosa de la que ella desistió por las “pasadas injurias” recibidas de Rocafuerte. La relación epistolar con Flores y los trabajos que realizó para él mitigaron su soledad e hicieron que se sintiera útil, en una sociedad que valoraba los vínculos personales de amistad y compadrazgo (pp. 160-171, 192).

“Encontrado el hogar, circa 1845-1856”, es el capítulo final, pues el siguiente corresponde a las conclusiones. Se explora la siguiente década de Manuela en Paita, hasta su muerte. Estaba aquejada de una parcial discapacidad y de una tendencia a la obesidad. Estos años fueron distintos a la época previa porque Flores, preocupado por los conflictos internos en el Ecuador, decidió no intervenir más en los asuntos privados de Sáenz. En 1847 recibió la noticia del asesinato de su esposo, con el que había reanudado correspondencia y superado sus diferencias, pero a cuya herencia no pudo acceder por haber violado las que se consideraban sus obligaciones morales, mientras se debatía en una pobreza que la llevó a afirmar en una de sus misivas a Flores: “a veces me da ganas de darme un balazo”. Para obtener dinero hacía bufandas, labor que había aprendido con las concepcionistas. Finalmente logró cobrar a sus deudores de Quito gracias a Roberto Ascásubi, abogado de una familia rica e ilustre, que había militado con Pedro Moncayo y José María Sáenz en la Sociedad Quiteño Libre. Gracias a su intervención, a principios de la década de 1850 recibía bienes y dinero que le permitieron emprender en el comercio de pañuelos bordados para clientes de Chile. Además, la relación con los Ascásubi marcó su alineamiento con el naciente conservadurismo y las órdenes religiosas. De hecho, recibió a Gabriel García Moreno (esposo de Rosa Ascásubi) y a los jesuitas exiliados en Paita por el

gobierno de José María Urbina (pp. 202-226).

Aunque numerado como capítulo, “Después de la muerte”, corresponde a las conclusiones de la autora. Luego de explicar que Sáenz falleció el 23 de noviembre, a los 59 años de edad, posiblemente de difteria, Murray ratifica lo que su indagación evidencia: que novelistas y escritores contemporáneos han adherido a una imagen idealizada de Sáenz únicamente como una amante revolucionaria. De hecho, asegura que fue Nela Martínez quien, a mediados del siglo XX, pidió a los historiadores reconocer su justo lugar en la historia y admitir que fue mucho más que una amante famosa. Si bien su relación con Bolívar le dio un claro sentido de pertenencia, era persona independiente y decidida que llegó a tener una posición propia en la sociedad de su época (pp. 229-236).

La investigación de Murray aporta tanto a la historia política como a la historia de las mujeres, pues desde fuentes primarias trabaja la forma en que se vivió esa época de ruptura y posterior pacificación, una de las mujeres que participó en los hechos de manera activa, lo que permite abrir camino sobre la investigación histórica de otras mujeres que participaron en los procesos de independencia, al evidenciar —como ha sucedido con otros estudios sobre las mujeres de la época— que la visión sobre mujeres domésticas y ajenas a la vida pública es una construcción errónea del pasado.

Asimismo, la pesquisa de la historiadora norteamericana muestra las impresiones que sobre Sáenz se han mantenido a lo largo de los doscientos años de república, al ser reducida a otra más de las amantes del Libertador, dejando por fuera sus demás acciones políticas y personales. Como señala la autora, un libro clásico como *La libertadora del libertador* (1944), de Alfonso Rumazo González, se basa más en conjeturas que en hechos, pues no se sostiene en documentos afirmaciones fundamentales sobre la protagonista y sus actividades. Mientras que otra obra de referencia, *Las cuatro estaciones de Manuela* (1952), de Víctor von Hagen, ignora la participación de Sáenz en política y su colaboración con Juan José Flores y otros vínculos con antiguos seguidores de Bolívar, lo que da cuenta de la tendencia a considerarla únicamente como otra historia de amor del Libertador, pese a las evidencias de que su actividad sobrepasó el plano romántico.

Un problema del libro es la decisión editorial de trasladar las notas al final del texto y no colocarlas al pie en cada página, lo que no facilita al lector seguir el hilo de la indagación realizada por Murray, cosa que puede parecer menor, pero que no lo es en una investigación histórica y, al parecer se realizó para dar a la obra un sentido más divulgativo, lo que también se evidencia en la decisión de cambiar el título de la obra, colocando el nombre del personaje histórico en diminutivo y eliminando el arco temporal de la pesquisa; contradicción flagrante con la declaración de la autora de destacar al personaje histórico, más allá de su relación amorosa. Es de desear que esas

decisiones editoriales hayan logrado su objetivo: poner en conocimiento del público la dimensión histórica de Manuela Sáenz.

Katerinne Orquera Polanco
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Quito-Ecuador
<https://orcid.org/0000-0002-3603-0311>

MIREYA SALGADO GÓMEZ. “INDIOS ALTIVOS E INQUIETOS”.
CONFLICTO Y POLÍTICA POPULAR EN EL TIEMPO DE LAS SUBLEVACIONES:
RIOBAMBA EN 1764 Y OTAVALO EN 1777. QUITO:
FLACSO ECUADOR / ABYA-YALA, 2021, 266 PP.

<https://doi.org/10.29078/procesos.n58.2023.4574>

El libro estudia dos sublevaciones ocurridas en la Audiencia de Quito durante el siglo XVIII: la del corregimiento de Riobamba en 1764 y la de Otavalo en 1777. La autora sostiene que no han recibido la atención debida, pues los estudios se han enfocado en eventos similares en Bolivia (rebelión de Túpac Katari) y Perú (rebelión de Túpac Amaru II). Su objetivo es contribuir a una “interpretación general sobre la movilización popular andina” y a un mejor entendimiento de “la complejidad de las relaciones entre la monarquía borbónica y las sociedades regionales y locales” (p. 9).

En estas sublevaciones andinas, cuyas causas inmediatas reconocidas son las numeraciones de tributarios decretadas por la Corona, Mireya Salgado explora nuevas posibilidades interpretativas que salen de perspectivas analíticas lineales: busca desentrañar la agencia política popular, que en los casos de estudio se manifestó en la apropiación y uso subalterno de símbolos y espacios asociados con la religión y la religiosidad, para transgredir el orden social vigente; y profundiza la complejidad social y étnica que caracterizó a las sublevaciones, por lo cual critica la categoría *indio*, que enmascara procesos e identidades (p. 244). Otra preocupación de la autora son los mecanismos de silenciamiento de la agencia política, para evitarlo se aproxima a las fuentes primarias, sin olvidar que se elaboraron de tal modo que acallan la agencia política y por esa razón escudriña entre sus fisuras.

El capítulo uno presenta una vista panorámica y una valoración crítica de la literatura producida con relación a campesinos, sublevaciones, cultura y política popular. Describe la evolución y marca los hitos de las perspectivas analíticas con las que se ha abordado el estudio de estos temas y expone los elementos teóricos que guían su trabajo. La autora destaca que gran parte